

del gambusino y le propuso que antes de presentar el denunció viesen ambos la mina, y no le costó trabajo obligarle á que se la enseñase.

Una vez dentro del agujero dijo al español, manifestando gran indignación: ¡vd. ha sido infamemente burlado!

Quedóse absorto el español y apenas pudo articular estas palabras:

—¡Pero eso, es posible!

—Aquí no hay metal, ni lo ha habido nunca.

—Eso no es verdad, que yo mismo he arrancado el que ensayó vd. y que contiene oro y plata.

—¡Ah! Es cierto: aquí hay señales evidentes de que fueron pegadas adrede algunas piedras con barro en este sitio.

—¡Y qué, ya no hay más?

—No hay más; vd. debe buscar á ese hombre y exigirle la devolución de su dinero.

—Pero si no le conozco, ni sé dónde encontrarle!

Cayóse desplomado el infeliz al decir esto, añadiendo entre dientes: ¡qué bien me aconsejaba mi mujer! ¡Cuán cierto es el refrán que dice: el consejo de la mujer es poco, y el que no lo toma, un loco.

MINERAL DE JIMULCO.

Al leer mis artículos anteriores, se creerá que todo es vida y dulzura para los gambusinos, opinión enteramente errónea, porque la mayor parte del tiempo andan sudando la gota gorda y pasando la pena negra, ora por falta de recursos para preparar la vitualla que consumen en sus expediciones, ora por los sustos y sinsabores que sufren frecuentemente en los terrenos minerales, casi siempre agrestes y escarpados, donde tienen que habérselas en ocasiones con fieras y reptiles venenosos; ora, en fin, por las querellas que les promueven los propietarios de fincas rústicas, que están siempre mal prevenidos contra los cateadores, sabiendo que son ladinos, atrevidos y de carácter levantisco, muy al contrario de los humildes y sufridos labriegos, los cuales hablan á su amo con apagada voz, el sombrero en las manos y la vista fija en el suelo.

Creer también los terratenientes que los gambusinos son aficionados á los amores fáciles, que gustan de comer ternera donde la hay, que suelen consumir licores de continuo, y que una vez iluminados arman pendencia hasta con el lucero del alba, y son capaces de dar una puñalada al más pintado.

Con tales convicciones, no es extraño que los hacendados detesten á los cateadores y que procuren por cuantos medios estén á su alcance lanzarlos de sus terrenos cuando los anden rumbeando, siquiera sea para que no les alboroten á las candidas mozas, ni les seduzcan ó corrompan á los sencillos campesinos.

Y aquí, en confianza, bien se puede decir que no les falta razón á los propietarios, pues no han sido pocos los casos en que un gambusino, perseguido tenazmente por el hacendado, haya concluído por hacerse dueño de la finca, con los productos de la mina; y esto que hoy sería un negocio como cualquiera otro para el agricultor, era anteriormente una desgracia, porque se tenía en alta estima los fundos rurales, como si la posesión de ellos fuese bastante para llegar á la nobleza, en razón de que sobre las fincas rústicas se fundaba de preferencia el vínculo de los mayorazgos; y aun después de abolidos éstos, siguen algunos propietarios teniendo tal apego á sus terruños, que no los venderían ni por todo el oro del mundo, aunque sus propiedades suelen ser tan ruines que no les producen beneficio alguno.

Tienen los propietarios rurales otro motivo fundado de prevención contra los gambusinos, y es el carácter abierto y comunicativo de éstos y sus hábitos de esplendidez y de derroche, que acaban siempre, merced á la ley de imitación, por dar al traste con las costumbres sencillas y patriarcales de los campesinos; por otra parte, mientras los mineros pagan elevados jornales á sus trabajadores, aquellos casi nunca ven en sus manos un peso duro y disfrutan salarios muy mezquinos, lo que da por resultado que en poco tiempo el gañán se convierta en barretero.

En los primeros años de la segunda mitad del presente siglo se hicieron famosas las haciendas de Sombreretillo y la Cabeza, por la enorme cantidad de ganados que pastaban en sus extensos terrenos. El dichoso Señor de aquellos inmensos dominios rurales, era un español activo, inteligente, enérgico y sagaz, que en pocos años elevó sus fincas al más alto grado de venturosa prosperidad; hombre de edad avanzada, se mantenía, sin embargo, derecho como un huso, y desdeñoso y altivo como un monarca. Cuando tomó posesión de la hacienda de Sombreretillo existía dentro de sus límites un mineralito llamado Jimulco, situado en la falda occidental

de la sierra del mismo nombre, en derredor de un hermoso y abundante manantial de agua potable y á dos kilómetros del río Aguanaval.

Sostenían esta aldehuela algunos mineros pobres, beneficiando minerales cupríferos de corta ley, procedentes de los criaderos descubiertos entonces en la serranía; pero fueron de tal modo hostilizados los jimulqueños por el poderoso Señor de aquellas tierras, que se vieron obligados á cargar sus penates, despidiéndose desolados de sus humildes y queridos hogares, después de haber sostenido larga y penosa lucha, en la que siempre llevaron la peor parte.

Una mañanita supo el propietario que había sido abandonado aquel lugarejo por sus habitantes; y dándole un vuelco el corazón de puro contento, montó á caballo, hizo que le acompañaran algunos paletos con herramientas, y cuando hubo llegado á Jimulco ordenó la destrucción inmediata de los pequeños hornos de fundición y las miserables casuchas de los mineros, quedando así convertida en un montón de escombros la aldehuela, que él llamaba con énfasis una guarida.

Pero pasaron algunos años, y al llegar la época antes indicada, la de plena prosperidad de las haciendas, un día, al caer la tarde, sentó sus reales en aquellas ruinas, medio cubiertas ya por la maleza, una pequeña caravana, con algunos asnos cargados de víveres y herramientas. Formaban la tribu cinco hombres con el traje común de los operarios de minas, y una mujer algo entrada en años, pero viva, fuerte y hacendosa. El jefe de aquella era como de cincuenta años de edad, de rostro blanco, simpático, con el cabello y la barba grises, y de modales un tanto correctos sin afectación: infundía respeto el aspecto venerable de aquel minero que tenía más agilidad y fuerzas de las que convenían á su edad.

Instalóse la expedición en aquel nido de víboras, de las cuales mataron algunas los gambusinos, que tenían que dormir con los ojos abiertos, á la brillante luz de las fogatas.

Recibió luego el feliz propietario la mala noticia de que

las ruinas de Jimulco habían sido ocupadas nuevamente por mineros, y le causó tal escozor que no pudo conciliar el sueño en toda la noche, pensando en la manera de lanzar de su finca á los intrusos.

Al romper el alba mandó á uno de sus mayordomos, á guisa de heraldo, acompañado de algunos labriegos montados y armados, para que notificaran en voz muy alta á los inmigrantes que abandonaran aquellos terrenos de buen grado, si no querían hacerlo por fuerza.

Llegó el mayordomo al realito, y algo cortado en presencia del jefe de los gambusinos, articuló apenas, con boca de gachas, algunas palabras en desempeño de su comisión: contestóle el minero con voz clara y reposada, que tenía en su poder el título legal que le acreditaba como dueño de aquel antiguo y derruido ingenio metalúrgico y de las minas de cobre de Jimulco, extendido por la Diputación de Minería de Cuencamé; y que por lo mismo no estaba dispuesto á abandonar su propiedad ni temía que se la arrebataran.

Esta contestación irritó de un modo indecible al propietario, que no estaba acostumbrado á franqueza tan inaudita, quien después de proferir improperios contra los gambusinos, juró que había de exterminarlos.

Desde aquel día los hostilizó de diferentes maneras; ya haciendo simulacros con gente armada para amedrentarlos; ya tratando de impedir que se comunicasen con los labriegos de sus haciendas y de las inmediatas para que no les vendiesen víveres; ya promoviéndoles querellas judiciales en la cabecera del Partido, con pretextos más ó menos fútiles, y procurando meterlos en la cárcel. Pero sucedió que los gambusinos eran hombres de pelo en pecho y estaban curados de espanto, por lo que veían serenos los santiaguillos de los campesinos; contestaban con atingencia las querellas judiciales, y como tenían recursos pecuniarios no les faltaban víveres frescos y abundantes, ni peones y materiales para el trabajo de las minas.

La fundición de cobre marchaba viento en popa merced á la actividad y pericia del jefe: el metal afinado salía casi puro, en lingotes vaciados en moldes de barro, ó en granalla elaborada en fuentes de mampostería, surtidas por el abundante manantial de agua cercano: gran número de arrieros concurrían á Jimulco á comprar el metal para venderlo en el comercio y en la Casa de Moneda de Durango.

El lugarejo se convirtió en pueblo y éste empezó á engrandecerse con rapidez pasmosa. Para mayor ventura descubrieron los gambusinos algunas vetas de plata y comenzaron á trabajarlas y á beneficiar el precioso metal, que mandaba vender el jefe de cuando en cuando á Cuencamé.

Llevaba ya algún tiempo el hacendado de estar tragando saliva y hasta comenzaba á encorbarse y enflaquecerse de pura rabia, al ver la creciente prosperidad de los gambusinos, cuando llegó á su noticia que había ocurrido en Cuencamé un robo sacrílego, que consistía en algunos vasos sagrados y otras piezas de plata; y como era hombre pérfidamente ingenioso, se le ocurrió en el acto un proyecto diabólico y mandó aprehender con sus criados á los mozos del realito que llevaban la plata para Cuencamé: los conductores no hicieron resistencia y fueron maniatados y conducidos á la ciudad, donde se les acusó de haber sido ellos y todos los vecinos de Jimulco los ladrones sacrílegos, presentando los tejos de plata como cuerpo del delito, porque se dijo que eran el resultado de la fundición de los vasos sagrados.

La autoridad judicial, en vista de las declaraciones de los labriegos y del propietario, mandó prender al jefe y á los gambusinos del realito, causando su completa ruina.

Desde entonces la maleza y los reptiles se apoderaron de nuevo de aquel mineral que con el tiempo hubiera sido un centro minero de importancia.

¿Se dirá todavía que todo es vida y dulzura para los gambusinos?

MINERAL DE LA PARRILLA.

Es preciso hacer una aclaración importante para la mejor inteligencia de lo que voy escribiendo en estos artículos, y es, que si bien todos los gambusinos son mineros, no todos éstos son gambusinos. Entre los mineros hay directores, mandones, barreteros, atecas, paleros y peones, mientras que los gambusinos lo son todo á la vez; porque al establecer los trabajos en las vetas que descubren, ellos mismos desempeñan todos aquellos oficios, pues pocas veces pueden pagar operarios; y si el aguijón de la necesidad les obliga á trabajar en las minas ajenas, entonces se pintan solos para trazar un barreno, arreglar un ademe, colar un destajo, y aun para echar difíciles medidas y dar alguna obra nueva, pues manejan los instrumentos técnicos y saben hacer cálculos matemáticos.

Siempre que las negociaciones mineras necesitan operarios inteligentes y expertos para que lleven á cabo trabajos difíciles y peligrosos, se busca de preferencia á los gambusinos, ofreciéndoles cuantiosas remuneraciones pecuniarias.

En el año de 1848 se hallaba en plena actividad el Mineral de La Parrilla, Estado de Durango: la Negociación de Vacas, perteneciente á D. Francisco Chávez, producía abundantes y ricos frutos plomosos que se beneficiaban en algunas haciendas de fundición, de las cuales la de Purísima tenía en continuo movimiento doce hornos castellanos. En medio de esta grande actividad que mantenía contentos y satisfechos á los habitantes de la comarca, porque disfrutaban de

sus benéficos resultados, el dueño de las minas se lamentaba de la lentitud con que avanzaba el cuele del tiro general, destinado al desagüe de todo el departamento de Vacas, cuya veta principal había comenzado á cortar en el plan en frutos bonancibles. Pero ahí mismo empezó á manar un raudal caudaloso que no podían vencer cuatro malacates de marca perfectamente dotados: los barreteros que trabajaban en el cuele tenían el agua constantemente á la cintura; y era tal el movimiento de las botas y tanta el agua que dejaban escurrir, que á duras penas permanecían los operarios tres ó cuatro horas en aquel trabajo tan pesado como peligroso, no sólo por el riesgo que corrían de ser aplastados por alguna bota desprendida del trecho, sino también porque podían ser, y algunas veces lo fueron, ahogados por el crecimiento impetuoso del agua. Faltaron al fin hombres en la Parrilla y sus alrededores para desempeñar aquella tarea de cíclopes; pues muchos barreteros quedaron inutilizados por los golpes que habían sufrido ó por el reumatismo que les produjo la humedad.

En tal situación ocurriósele al Sr. Chávez mandar traer operarios de Zacatecas, y al efecto autorizó y expensó ampliamente á un dependiente suyo para que contratase los trabajadores que se necesitaban y los condujese á la Parrilla en el menor tiempo posible.

Excusado es decir que dando el dinero á manos llenas, como lo daba el comisionado, pronto enganchó el número suficiente de operarios, quienes á vueltas de socaliñas y escapatorias llegaron á su destino dos meses después de haber salido de Zacatecas.

El comisionado presentó las cuentas del Gran Capitán, porque había metido la mano hasta el codo en los fondos encomendados á su cuidado; pero no paró en ello mientes el Sr. Chávez; pues las buenas minas pagan siempre las malas partidas.

No todos los enganchados eran trabajadores, pues había

entre ellos muchos buscones, en la acepción genuina de la palabra, de los que sólo andan á caza de gangas; pero venían en cambio doce gambusinos de correr y parar, hombres hechos y derechos, endurecidos en los trabajos de las minas, lobos de una misma camada, bastante corridos ya y capaces de dar capote á todo el género humano; fornidos y de gran talla en su mayor parte, como si les hubiesen echado el cartabón para impedir que se los tragase el agua en el plan del tiro. Contentos y animosos contrataron éste á destajo, á razón de \$ 1,500 la vara: organizáronse en seguida en tres pueblos para cada 24 horas, y comenzaron sus tareas con una alegría y un entusiasmo dignos de ver. Avanzaban dos varas por semana, por lo que les tocaba á \$250 semanarios por persona, además del producto de las cárceles y el ademe que también contrataron para los ratos desocupados.

Con tan crecidos jornales bien se puede comprender el escándalo que armarían estos gandules en la población, frecuentando los garitos para cubrir de pesos los naipes; visitando las cantinas donde se hartaban de licores, y armando quimera con todo el mundo para lucir sus puñales adornados con puños de marfil y nácar.

Debo advertir que sólo trabajaban cuatro días de la semana, como lo hacen casi todos los mineros que trabajan á la busca ó á destajo: el sábado se ocupaban en medir la obra y cobrar su dinero; el domingo en embriagarse y andar de parranda; y el lunes en curarse la crudez, pues ya se sabe que al borracho fino, ni el agua le basta ni el vino.

Siempre que los gambusinos se proponían correrla iban derechos á la cárcel, cuando no los llevaban al hospital; de manera que semana á semana había una ó dos bajas en la cuadrilla, las cuales se cubrían con operarios del lugar, escogidos entre los mejores.

Pasaron así pocos meses, al fin de los cuales se terminó la pileta del tiro y se concluyó el ademe, por lo que se liquidó

el destajo á los gambusinos, que se echaron á andar por aquellos cerros en busca de nuevos criaderos metalíferos.

Los tres jefes de cuarto que habían dirigido los pueblos en el tiro, eran muy expertos en el laboreo de las minas, y en ratos perdidos no dejaron de visitar todos los labrados de las de Vacas, y hasta llegaron á formar á hurtadillas un croquis, como Dios les dió á entender, anotando con tinta roja el lugar donde estaba la labor de los Pericos. Era esta la más rica de todo el departamento: los minerales tenían la matriz de óxido de fierro y carbonato de plomo, con abundancia de plata verde y blanca (bromuro y yoduro y plata nativa) y producía arenillas en gran cantidad y en boleo los llamados pericos (geodas) que tenían de cuarenta á cincuenta marcos por carga. Por aquella época estaba parada esta célebre labor, porque se había sofocado por falta de ventilación, y para dársela se comenzó una obra desde el piso superior inmediato que comunicaba con el tiro: los gambusinos conocían esta obra y al ver la lentitud con que marchaba se propusieron explotar por su cuenta esta labor, dando una obra nueva violentamente.

Afuera del recinto de las minas de Vacas y á corta distancia de la muralla existían varias catas abiertas sobre los ramales de la veta principal: una de ellas llamada del Tepozán, porque cubría la entrada un árbol de igual nombre, fué la escogida para establecer la comunicación con la labor de los pericos.

Hecho en el croquis el trazo correspondiente, comenzaron los gambusinos su obra con actividad extraordinaria; trabajaban de día y de noche, comiendo y durmiendo apenas: un muchacho les llevaba por la noche los comestibles y el agua que consumían: de esta suerte pudieron llegar pronto á la labor de los pericos, término de sus ambiciones. Metieron con avidez las manos en la masa y comenzaron á extraer y beneficiar en baño de plomo aquellos famosos pericos; y para no infundir sospechas á los vecinos de la población, vendían la

plata en Nombre de Dios y en Sombrerete, con cuyos productos se iban formando una fortuna considerable. Temerosos de cometer alguna indiscreción, y por un prodigio de fuerza de voluntad se habían vuelto misántropos y llevaban largo tiempo de no probar más líquido que el agua pura. Pero como Dios consiente, aunque no para siempre, llegó un día en que se encontró la ronda con los piteros; y mientras entraba á la labor por la novísima comunicación el Minero Mayor con algunos barreteros, tomaron los gambusinos las de Villadiego, abandonando aquel tesoro, cuya posesión clandestina les había hecho tan felices.

UN GAMBUSINO EN EL ZORRILLO.

Al ver la tarea que me he echado á cuestras escribiendo estos artículos, cualquiera diría que les tengo tirria y mala voluntad á los gambusinos; pero nada es menos cierto que esta suposición gratuita; pues si no les tengo gran afecto tampoco meanima contra ellos prevención alguna. Muy al contrario, les estoy en extremo agradecido por las muchas ocasiones en que me han hecho reir de buena gana con sus agudezas y socaliñas, aunque compadeciendo siempre á las víctimas, cuya desgracia ha provenido, con frecuencia, no tanto de su ignorancia cuanto de su exagerada codicia.

Por otra parte, los gambusinos tienen una viveza y una penetración pasmosas, para conocer á primera vista ó las personas inclinadas á las ganancias fabulosas, y á ellas dirigen siempre sus tiros más certeros y productivos, sin equivocarse jamás en sus apreciaciones sobre este punto; son, además, tan despreocupados y tienen en tan alta estima el ejercicio de su difícil profesión que, con la mayor sangre fría, con la calma más inalterable cuentan, una á una, todas sus fechorías, vanagloriándose de su vivaz ingenio y poniendo en caricatura, de una manera gráfica, á sus parroquianos.

Por lo que llevo dicho se verá que los gambusinos no pueden infundir aversión, ni siquiera antipatía, á las personas que se dedican de buena fé á los trabajos de las minas, para quienes se manifiestan siempre atentos y serviciales.

Ya se comprenderá que los parroquianos de los gambusi-